

LAS ACACIAS, NOCHES DE PESADILLA

Por: Luz Herminda Sierra Medina

Un barrio donde todos se conocen, donde la religión católica mantiene unidos a la mayoría de los pobladores, especialmente a los mayores, que llegaron en los años 80 para convertirlo en uno de los barrios más poblados de Ciudad Bolívar. Allí en Las Acacias, se pueden vivir millones de aventuras y conocer cientos de historias fantásticas y trágicas.

El ruido de un helicóptero que volaba muy cerca al techo de la casa y el eco retumbante de las balas interrumpió mi profundo sueño la noche del 26 de octubre del 2007, a la 1 de la mañana. Me levanté de la cama rápidamente y caminé hacia la ventana para observar lo que estaba sucediendo. La gente corría presurosa para lograr ubicarse en un lugar del tumulto que se había formado y poder chismosear de cerca lo que acontecía.

Siete hombres encapuchados, vestidos de negro, con sus rostros confusos por la oscuridad, interrumpían la tranquilidad del Barrio Las Acacias. Se enfrentaban fuertemente a los militares. La balacera era ensordecedora, hasta cuando llegaron tres patrullas de la Policía y decomisaron un gran número de armas que estaban escondidas dentro de varias camionetas negras 4X4 de aquellos delincuentes.

Los comandantes de la Policía los habían capturado después de varios minutos del enfrentamiento y los pusieron boca abajo con las manos en la espalda, esposados. De los labios de estos delincuentes salían palabras ofensivas contra las autoridades; uno de los policías, el más alto, le estampó una patada a uno de los tipos, quien enseguida cerró su boca. Después de media hora el ruido de las sirenas y el del helicóptero se fueron alejando y aparentemente el barrio quedó a salvo de los malhechores.

Esta historia es una de las muchas que he encontrado a mi paso desde el año 2003, cuando dejé mi tierra querida, Tudela (Cundinamarca, un verdadero paraíso comparado con lo que se vive en esta gran ciudad. Pero mis pies han tocado la tierra y mi mente vuelve a la triste realidad. Ahora me veo rodeada de drogadicción, de infinidad de casos de violaciones, de maltrato familiar, exceso de licor y el robo a mano armada.

Vivo en el barrio las Acacias hace aproximadamente cuatro años. Está ubicado en la localidad 19, Ciudad Bolívar, que alberga cientos de miles de desplazados por la violencia. Fue fundado entre los años 70 y 80 por un señor de apellido Oliveros. Según comentan los más adultos del vecindario, este hombre fue un gran sacerdote, fue quien compró estos lotes para luego venderlos a \$ 40.000 a cada una de las familias que llegaban, en mayoría, de los Departamentos de Boyacá, Cundinamarca y Tolima.

Esta zona dejó de ser un lugar donde había cultivos de hortalizas y criaderos de animales para convertirse en uno de los barrios más poblados de la ciudad. Actualmente sus viviendas se aproximan a unas 1.600, la mayoría son casa nuevas ya que la gente ha venido haciendo arreglos para que se vean más bonitas, también hay casas antiguas abandonadas, con los vidrios de las ventanas rotos, las paredes llenas de agujeros y las bisagras de sus puertas oxidadas. Al pasar junto a estas viviendas se puede percibir un fuerte olor a humedad y desde afuera se puede ver que las habitaciones están llenas de polvo. En muchos casos los ladrones se llevan durante la noche las ventanas o las puertas, lo cual aprovecha uno que otro mendigo para pasar la noche bajo un techo.

El número de habitantes en el barrio se aproxima a unos 15.000, muchos de ellos personas que al igual que yo, llegaron con la ilusión de encontrar un empleo y estudiar una carrera profesional. En este barrio viven personas de diferentes razas, hay negros provenientes del chocó quienes según la gente son los que le dan *swing* a las fiestas; otros son los peruanos que buscan la vida vendiendo sus prendas de vestir, en la mayoría de las veces tejidos a mano, estas prendas tienen bastante acogida en el mercado del barrio. Ellos

son personas de origen indígena y son bastante conocidas por la gente del barrio ya que allí recurren a comprar la pinta para las fiesta; otro personaje es el doctor José, que llevo de Cuba hace aproximadamente 9 años, tiene una droguería y presta sus servicios médicos generales a la gente que a menudo lo busca. Su consultorio es un poco pequeño, pero se forman largas filas de personas esperando ser atendidas. Al entrar a su consultorio un fuerte olor a fármacos y una sonrisa de oreja a oreja hace que los pacientes sientan más tranquilidad para contar sus dolencias; después de hacerle una que otra pregunta. “El barrio me ha traído suerte, sólo espero cumplir con las metas que tenia para luego regresar a mi Cuba del alma, donde está toda mi familia”, dice don José.

La esquina de los bohemios

La vivienda donde pago arriendo está localizada en la carrera 18 z. 53-62, justamente en la avenida principal donde pasa la mayoría de los carros del sector y es precisamente la esquina donde casi a diario se viven momentos de miedo y escenas de películas de terror. Basta con correr la cortina, para aventurarse en las más sórdidas y escalofriantes escenas de violencia de Las Acacias.

Al frente de mi apartamento hay dos cantinas donde se reúnen hombres y mujeres para tomarse uno tragos. La cantina de Leo, la de la esquina, es el negocio más odiado por la comunidad, porque su música no deja pegar las pestañas después de las ocho de la noche. Son tres mesas, un pequeño televisor, un estante para las botellas de aguardiente, ron y cerveza, un orinal y una caja de madera en la que se juega rana.

Leonardo, el dueño del negocio, es un joven de 27 años, soltero, de 1,65 metros de estatura, amigo de todos los vecinos y su cantina es un negocio familiar. “He vivido casi toda mi vida en este barrio y ya estoy acostumbrado a sobrellevar a la gente, conozco penas de amor y desengaños, me divierto mucho y algunas veces también tomo y me emborracho, por eso estoy solo,

además si no aprovecho los fines de semana y de quincena, me muero de hambre”, cuenta.

Tres casas después, esta el negocio de Lola, la taberna moderna que se disputa la clientela con Leo, el sonido de su negocio es más alto, tiene más surtido de trago y como negocio adicional, vende chorizo con papas y arepa, la comida más apetecida por los borrachos. Es extraño ver que este negocio es más poblado por mujeres, como doña Carmen, alcohólica con tres hijos y que, según vemos todos los vecinos, son objeto de constante maltrato familiar. “Todos los días está ebria, trata a sus hijos muy mal y por eso es que ya los muchachos tiene malas costumbres”, dicen los vecinos. Son varios los tenderos que han tenido que reprenderlos y hasta ya se volvieron objetivo de persecución. “Sentí un ruido en una pequeña ventana que dejo abierta para que entre aire, me levanté y vi a uno de esos chinos robándome cuartos de café. Traté de tomar cartas en el asunto pero salió corriendo y se escapó”, comenta uno de los comerciantes.

Las mencionadas cantinas día a día hacen competencia para lograr agarrar aquellos “vagos” que no trabajan durante la semana y peor aun, a los que descansan los fines de semana.

Una conversación sin escrúpulos

Fue un jueves en la noche. Comencé a sentir entre mis sueños, risas y voces con tonos tan fuertes que me hicieron prontamente despertar. Me acerqué a la ventana y pude ver cuatro hombres sentados en el andén de la casa de al frente, estaban fumando y tomando trago; sobre sus cabezas tenían pasamontañas. Repartían dinero que por el calibre de sus comentarios, me di cuenta de que habían robado.

—“Ja, ja, ja, hermano esta noche si la vamos a coronar. Déme \$5.000 más porque hoy es mi cumpleaños”.

— “Llave, tome a ver no joda, ja, ja, ja, tenemos que amanecer”.

—“Huy, verda, ñero, debe estar bueno, fue quincena”.

Como este, se repiten los diálogos casi todos los días. Entonces Daniel, el dueño de la casa refunfuñó diciendo: “Es bueno dejar las puertas con doble pasador, hay mucho mañoso que busca cómo conseguir lo de la navidad”. Algo que refleja no solo la historia de la esquina en la que vivo, sino que es la muestra de los que sucede en las calles de Las Acacias, donde “lobos hambrientos” esperan el minino descuido de la gente para apoderarse de las pocas pertenencias que se tienen.

La visita de media noche

Un domingo en la noche escuché en mi puerta varios golpes, el miedo se adueñó de mi, temblaba y sudaba. Me arrojé de pies a cabeza como cuando a los niños les hablan de espantos en su clóset. Cerré los ojos y esperé a ver qué pasaba. No me atreví esta vez acercarme a la ventana, del susto no recordaba si había colocado pasador a la puerta. Solamente escuchaba risas intimidantes acompañadas de palabras de doble calibre: “gonorrea, hijueputa.....”. Un nuevo grupo de delincuentes estaba repartiendo su botín. Sentía que me estaba asfixiando, me desarropé la cabeza. Durante unos veinte minutos le pedía a Dios que esa gente se fuera de aquel lugar para poder revisar el pasador de la puerta. Después oí el ruido de un auto que se alejaba como un remolino que en lugar de dejar una catástrofe, dejaba una paz inmensa en aquella oscura y fría noche.

Por este y por todos los sucesos que pasan a diario en Las Acacias y lo que cubre la parte alta de Ciudad Bolívar, las noches en la localidad 19 no son para dormir. Por eso para Miguel Ángel, un hombre alto, mono, de barba espesa y voz de mando, miembro de la Policía Metropolitana y quien tiene a su cargo parte de la guardia de Las Acacias. Dice que noche tras noche, estos individuos catalogados como “ratas”, esperan en las calles oscuras a aquellos desprevenidos que llegan tarde de sus trabajos o salen en la madrugada rumbo a ellos.

“En la noche es muy frecuente encontrar delincuentes buscando cómo forzar las puertas para abrirlas o más bien, esperando en las esquina a ver quién pasa para robarle sus pertenencias. En varias ocasiones llegan hasta la muerte de sus víctimas. Aquí nadie puede descuidarse porque hasta la ropa que lleva puesta se la roban y menos a altas horas de la noche. Ciudad Bolívar está agobiada por delincuentes de los que no se sabe si lo hacen por gusto o necesidad. Un viernes en la noche, a eso de las 11:30, pasaba con mis compañeros por el barrio, cuando de pronto escuchamos un grito, rápidamente corrimos para ver que pasaba, al llegar al lugar de donde provenían los gritos encontramos a un hombre degollado, su cara se la habían vuelto miseria, eso fue por robarle lo que llevaba, desafortunadamente los delincuentes ya se habían largado, se hizo lo que se pudo por encontrarlos pero parecía que la tierra se los hubiese tragado”, concluye el uniformado.

Ayuda espiritual

Las Acacias es un barrio muy poblado, con gran porcentaje de pobreza, las comunidades religiosas La Divina Voluntad, provenientes de Italia, han tratado de hacer lo posible por ayudar a los desplazados y aquellas personas que viven en la absoluta pobreza. Hay muchos casos hogares con gran número de niños sin derecho a una educación y ni siquiera a un plato de comida, por lo que presentan altos niveles de desnutrición. Las religiosas visten como cualquier otra mujer, son altas, ojos azules y monas con un corazón grande, dispuesto a ayudar a todo aquel que lo necesite. “Bambina, quieres que te diga algo, nosotras estamos aquí para ayudar, para cumplir con la obra de Dios, pero es muy triste ver que la gente ya no quiere ayudar, esto todos buscan su propio bien sin importar si el hermano de al lado ya comió o se está muriendo de hambre, en fin todas estamos trabajando para ayudar a nuestros abuelos y a nuestros niños pobres, eso si con la gracia de Dios”, afirma la madre Serena, superiora de la comunidad

La comunidad de religiosas que llegó de Italia hace algunos años, ha dedicado su vida a llevar el evangelio, a ayudar a los pobres de este sector y las zonas circunvecinas del barrio, eso si sin dejar de lado la gran ayuda que ofrece el

padre Pedro, pastor de la iglesia Santa Margarita Reina. Él, junto con la comunidad ha realizado bazares, concursos, venta de rifas y otras actividades que permiten recoger dinero para concluir esta gran obra. Gracias a esta ayuda de la comunidad y de muchas empresas, como Corona, han logrado construir un comedor comunitario que alcanzó los \$300 millones.

En este comedor, albergan diariamente 250 niños que desayunan y almuerzan dignamente, pequeños apadrinados por personas con mayores recursos que además les ayudan en la tarde con refuerzos escolares. Las familias que allí reciben el apoyo hacen parte de grupos de desempleados, los mismos a los que previamente se les hace una visita para ver el nivel de sus necesidades.

Un domingo agitado

Rápidamente pasan las horas, la gente camina presurosamente como si el día se fuera a terminar. Algunos se dirigen a tomar el bus en dirección al barrio el 20 de Julio, pues son muchos creyentes. Uno de ellos es Hernando y su esposa María, quienes nunca faltan un domingo a este barrio. “Me gusta ir al Veinte de Julio por el Divino Niño. Se siente uno en paz con Dios”. Otros salen en sus carros con sus familiares a pasear, pero todos confluyen en un solo sitio: el asadero y el piqueteadero del barrio.

A la una de la tarde comienzan a salir parejas tomadas de la mano con un carro de llevar el mercado: van en dirección a la plaza donde se mezclan diversidad de olores como son el de las moras frescas hasta los de las frutas podridas que no fueron vendidas durante la semana. Además de los olores, los ruidos forman parte del domingo de plaza de mercado. Así de monotemáticos son los domingos en Las Acacias.

Cuando la noche invade a este barrio, la gente camina rápidamente. Comienza a llover, las calles se quedan solitarias, todo el mundo se ha marchado a casa, aunque aun quedan unos pocos que se entran a las panaderías a tomar un

café y terminar la charla de la semana. Así concluye un largo domingo en este barrio que en algún momento bauticé como “el barrio de la suerte”.